

DOGMÁTICA DE LA SOLEDAD



OS anglosajones se instruyen para la soledad, en tanto que nosotros, los latinos, nos educamos para la compañía. Los elementos de que se compone la educación de un inglés o de un sueco, pongamos por caso, están destinados a facilitar la posibilidad de estar solo. La jardinería o la botánica, el deporte, la erudición o el coleccionismo, el cuidado de los perros, todo invoca la soledad. A veces transigen en compartir esa soledad, pero nunca en transgredirla: tal es el "bridge", ejercicio cerebral o intelectual compartido o ensamblado con otras soledades. El individuo latino, en cambio, apenas si existe como tal individuo; en seguida se masifica y socializa. Nos admira a veces observar la cantidad de cosas que tienen todavía por decir los viejos de nuestro país. Los años y las duras pruebas de la vida no han conseguido taparles la boca ni amortiguar una locuacidad vehemente. Los jóvenes ingleses son en general parcos en palabras, miden su verbosidad y se concentran en silencios prolongados. Aquí se empieza a hablar con el uso de razón y ya no se para. Temperamento y educación contribuyen por un igual a hacer que unos y otros seamos de ese modo peculiar. De hecho, también contribuyeron a que ello sea así, el hecho de que los anglosajones consideran que lo correcto es callar, mientras que en nuestras latitudes consideramos lo contrario. Algunos de nosotros nos hemos oído decir más de una vez que somos sosos o mal educados por el hecho de no abundar en palabras. A la calidad humana anglosajona que consiste en saber escuchar, aquí oponemos la de saber escucharnos. No vamos a entrar en las profundidades de esta cuestión, ni en determinar ahora cuál de las dos posturas es la mejor para andar en la vida. Nos limitamos a comprobar unos hechos.

Las virtudes posibles de la charlatanería dan un colorido especial a nuestras reuniones, sean de casino o de plaza pública. El guirigay que se escucha, a veces, en determinadas reuniones sociales en las que abundan las mujeres, es en nuestro solar extraordinario y hasta conmovedor. En determinados tés benéficos escuchamos el rumor de fondo propio de un mercado medieval. Cuando todas las mujeres hablan a la vez, y a gritos, tenemos la impresión de estar en mitad de la sesión preliminar del juicio final. Las plumas de los sombreros, vibrátiles al aire, acaban de consumir la impresión que tenemos de hallarnos en un gallinero. Los ecos de la muchedumbre se encrespan en todos lados. Son sonoras las partidas de dominó y de mus, sonoros los paseos dominicales, las cuarenta horas y el partido de fútbol. Todo es sonoro aquí.

Una de las sensaciones más evidentes de que hemos salido fuera del país, cuando lo hacemos, no es la cocina, ni el idioma, ni la manera de vestir o de entender el amor. Para nosotros la sensación de cruzar la frontera es el silencio. El silencio de Europa es como una especie de terciopelo que nos envuelve tíbilmente en todos lados, en los cafés y restaurantes, en el vagón de ferrocarril, en el metro o en la calle. Debemos confesar que agradecemos esta placentera almohada. A veces, en una konditorei nos asombra escuchar, surgida de algún rincón o en un ángulo de los tabiques, la melodía susurrada de alguna pieza musical. La modulación de la música es leve, casi insinuada, pero sobrevuela nitidamente el tono medio de las conversaciones de la clientela, sin una estridencia. La gente, fuera de aquí, está acostumbrada a hablar a media voz, con el tono requerido simplemente por la necesidad de darse a entender. Por ello, a veces Europa nos parece una amable confidencia.

De la soledad a la compañía, no va en Europa más que ese arpegio suave que es la voz humana, en la gradación precisa para expresar una idea o un modo de pensar. Dicho ello, se vuelve al silencio. Nuestra naturaleza meridional, discutidora e insistente, comprende mal que las cosas son dichas después de ya pensadas, y que las posibilidades dialécticas son escasas cuando no se trata de pensar en voz alta, sino sencillamente de expresar lo que el ánimo ya ha debatido intimamente. Un francés, un inglés, expresan sus ideas, ya tamizadas por el discurso del método o por la crítica de la razón pura. Aquí, en muchas ocasiones, la locución fonética, gramaticalmente correcta es, sin embargo, en su estructura y construcción íntima, del periodo de la prehistoria o de la caverna.

No está mal que el centro de gravedad de la existencia humana esté en la soledad. El hacinamiento moral y mental es enemigo del hombre. Un buen sistema educacional consistiría en aquel que diera al hombre un surtido suficiente de elementos útiles de soledad, para estar solo. El hombre debe de poder valerse, él sólo, en mitad de un universo de otros hombres; y el instrumental preciso para esta actitud de robinson ha de hacerle suficiente y feliz. En muchos casos, esta soledad no dejará de acompañarse de pequeñas manías o aun de elementos que impliquen cierta transgresión del principio mismo del baluarte solitario. Se critica en nuestro clima muchas veces a determinadas damas o caballeros que no poseen otra compañía que la de unos animalejos, pájaros o perritos. ¿Por qué? Aun los pájaros no son del todo aceptados por esos solitarios, por el hecho de que son dignos de su libertad, y estaría mal encerrarlos en cárceles o jaulas para nuestro propio provecho. El animal de la soledad es el perrito. Es como una especie de puente entre la soledad absoluta y la sociabilidad. En Londres, un perro es un cordón de comunicación sutil con nuestros semejantes. Atado a la correa de un perro, un hombre puede entrar en coloquio con su prójimo, poseedor a su vez de otros canes. Solo, le sería difícil dialogar. "Me pareció ver a su marido en el ascensor —comentaba una dama a otra—. Pero como iba sin su perro no me atreví a saludarle; no supe si era él".

Existe un tipo de civilización fundada en las garantías y credenciales con que simplemente poder estar solo. Aquí nos parece la soledad un terrible castigo, cuando es ansiosamente buscada por muchos otros seres, en otras latitudes. Muchos de los grandes descubrimientos y hallazgos de nuestra civilización y de su ensanchamiento por todo el globo, se han hecho no para buscar la compañía de otros seres lejanos, sino para encontrar de algún modo la propia posibilidad de soledad. Casi todo el imperio británico se hizo por esta dramática búsqueda. La historia del coronel Lawrence, que una admirable versión cinematográfica ha puesto de nuevo en actualidad, fue de este estilo. El hombre del desierto precisaba en cierto modo de una realidad panorámica exterior que encajara con su propia soledad y con su acedia interior. Los civilizadores, los excursionistas, los africanistas, los fundadores de la cultura occidental en Oriente, fueron otros tantos solitarios. Es un grave error de los tiempos actuales confundir los principios de Occidente con los de la comunicabilidad y la sociabilidad. Las grandes creaciones de Occidente son producto muchas veces de la insociabilidad, de la reserva, de la soledad y del silencio. El charlatanismo, la comunicabilidad, el jolgorio oral y la sonrisa, eran más bien dones característicos de los pueblos que llamábamos bárbaros, con o sin razón.

el golf

Una de las formas sociales de esta soledad civilizada es el juego de golf. Este es un deporte que no se juega contra nadie o se juega contra sí, no sólo en la puntuación de los tantos o en el número de golpes con los que uno debe en principio ganarse a sí mismo; sino en la propia mecánica de los movimientos corporales, que son un match de autodomínio contra la dejación, el ímpetu o el olvido. El equilibrio de los movimientos corporales es consecuencia de una armonía íntima e intelectual, que el jugador debe sentir como una constante victoria sobre sí mismo. Pero los valores de esta soledad van del individuo al paisaje, del cual el jugador forma parte, a merced del viento o de las ondulaciones del campo, de la orografía y de la topografía. El juego de golf, característico de los anglosajones, es una sublimación de la soledad humana considerada como una soberbia virtud.

Naturalmente que un match de golf se juega muchas veces en compañía y que, de hecho, una de sus gracias es que sean dos o cuatro los que compartan sus estímulos. Pero uno a otro se apoyan mutuamente cada individual soledad, se constituyen en contrafuertes recíprocos de ella. En los cánones de la educación que instituye la soledad individual como centro de la sociedad, el partido de golf llega a ser una sublimación categórica. El golf es, en los países anglosajones, un deporte popular, pero no masivo. Para jugar al golf, aunque sea medianamente, se requiere poseer un poder interior de concentración, en que el individuo pueda llegar a considerarse un baluarte. El golf es una expresión deportiva y filosófica a la vez; quizá no sea más que un estado de ánimo.